



Serie La Historia de La Iglesia Primitiva

- Los siete administradores y el testimonio de Esteban -

(Hechos 6:1-15)

Agosto 11, 2021

Consideraciones generales

Recordemos una vez más que Lucas describe la extensión del Evangelio según el programa señalado por el mismo Maestro en (Hch 1:8):

- a) la evangelización de Jerusalén, a pesar de ser la sede de los falsos guías del judaísmo que rechazaron y crucificaron a su Mesías;
- b) la de “toda Judea”, que se inició durante el ministerio de Pedro que acabamos de considerar;
- c) la de Samaria, que sin duda abarcaba la totalidad de Israel;
- d) la extensión del testimonio hasta los fines de la tierra.

Desarrollamos nuestro comentario sobre los capítulos 6 y 7 bajo el epígrafe “Una época de transición”, puesto que en ellos llegamos al momento en que la ciudad de Jerusalén se ha llenado del Evangelio, hasta el punto de que “muchos de los sacerdotes obedecían a la Fe” (Hch 6:7), y podemos deducir que todo corazón sediento de la vida y de la verdad había tenido su oportunidad de convertirse al Señor. Pero el momento de consumación es el de nuevos problemas, de una oposición fiera y pertinaz de parte del Sanedrín como también de un cambio de actitud en lo que se refiere a la generalidad de los habitantes, que da lugar (empezando con el martirio de Esteban) a una persecución que diezma la iglesia en Jerusalén tanto por los creyentes que mueren como por los que huyen, quedando la iglesia reducida a una compañía de “pobres”, muy apegados en general a los ritos de sus padres. Con todo, la transición señala el principio de la evangelización de todo Israel, gracias al valeroso testimonio de los esparcidos, de modo que con ella llegamos a las etapas segunda y tercera del programa señalado por el Maestro. b) la de toda Judea y c) la de Samaria.

• Los siete Administradores (Hechos 6:1-7)

1 Al multiplicarse los creyentes rápidamente, hubo muestras de descontento. Los creyentes que hablaban griego se quejaban de los que hablaban hebreo diciendo que sus viudas eran discriminadas en la distribución diaria de los alimentos. 2 De manera que los Doce convocaron a todos los creyentes a una reunión. Dijeron: «Nosotros, los apóstoles, deberíamos ocupar nuestro tiempo en enseñar la palabra de Dios, y no en dirigir la distribución de alimento. 3 Por lo tanto, hermanos, escojan a siete hombres que sean muy respetados, que estén llenos del Espíritu y de sabiduría. A ellos les daremos esa responsabilidad. 4 Entonces nosotros, los apóstoles, podremos dedicar nuestro tiempo a la oración y a enseñar la palabra». 5 A todos les gustó la idea y eligieron a Esteban (un hombre lleno de fe y del Espíritu Santo), a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas y a Nicolás de Antioquía (quien anteriormente se había



convertido a la fe judía). 6 Estos siete hombres fueron presentados ante los apóstoles, quienes oraron por ellos y les impusieron las manos. 7 Así que el mensaje de Dios siguió extendiéndose. El número de creyentes aumentó en gran manera en Jerusalén, y muchos de los sacerdotes judíos también se convirtieron.

A nuestro ver el nombramiento de los siete administradores (evitamos a propósito el término “diácono”) no es de primera importancia en sí, ya que su obra en la comunidad cristiana de Jerusalén duró muy poco tiempo, siendo llamados los más destacados a otros trabajos. La importancia del incidente estriba en el hecho de que señala el auge de los “helenistas”, o sea, los judíos de habla griega, que habían de servir de enlace entre la época jerosolimitana (con su testimonio puramente judaico) y la extensión del Evangelio entre los gentiles. El poderoso ministerio de Esteban anticipa en parte el testimonio más amplio de tiempos aún futuros y señala la ruptura absoluta entre la Iglesia naciente y la religión oficial de la capital, a pesar de la fidelidad de los cristianos judíos a las formas externas del régimen anterior.

En la época de los comienzos del cristianismo, los judíos criados en Israel hablaban el arameo, mientras que los de la Dispersión se expresaban en griego, además de los idiomas propios de la región de su crianza. Los helenistas podían ser tan fanáticos o más que los hebreos, pero con todo, el idioma no dejaba de ser una barrera entre ellos y sus hermanos criados en Judea, y (Hch 6:9) señala la existencia de sinagogas en Jerusalén para el uso de los judíos de la Dispersión que habían vuelto a Jerusalén. Por medio de la proclamación del Evangelio, tanto judíos del país como otros de la Dispersión se habían convertido, y el primer versículo del capítulo 6 nos hace ver que al menguarse aquel amor ardiente entre todos que había caracterizado los primeros días de la vida de la Iglesia, las diferencias entre judíos de distinta lengua y tradición llegaron a apuntarse también en la iglesia-comunidad de Jerusalén.

El éxito siempre encierra sus propios peligros, aun dentro de la familia de Dios, y fue que “como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos” con referencia a la ayuda que se repartía entre las viudas. La mención de “viudas” parece señalar el principio del retorno a la vida familiar, pues si todo fuese comunal en el momento que tratamos, no habría existido diferencias entre las viudas y otras personas que viviesen del fondo común. Sea ello como fuere, el hecho es que hubo sospechas entre los hermanos helenistas de cierta parcialidad a favor de las viudas de habla aramea, o sea, “las hebreas”.

Los apóstoles se dan cuenta de la importancia de evitar roces dentro de la comunidad, y de manifestar la imparcialidad en la obra de administración. Al principio todo el dinero se había depositado “a los pies de los apóstoles”, como era natural, pero la complejidad de la administración de los fondos, debido al aumento en el número de los miembros de la comunidad, imponía una solución que dejará a los apóstoles libres para su labor primordial de recibir y transmitir la Palabra de Dios, sin estar sujetos a la parte material de “servir a las mesas”. Recomendaron a los hermanos (sin duda el asunto se trataba entre los líderes espirituales) que buscasen entre ellos siete hombres bien dotados y espiritualmente capacitados que pudiesen organizar la obra de administración, reservándose los Doce para su labor apostólica. No hay que pensar en “elecciones” en aquellos tempranos días de poder espiritual, pues el buen criterio de hermanos destacados no tardaría en seleccionar siete hermanos capaces, aceptables



para todos. A éstos, los apóstoles pusieron sobre la obra, señalando su identificación con ellos por la imposición de manos.

Vemos que los Doce, como cuerpo apostólico, continuaban su ministerio en Jerusalén hasta que el Espíritu Santo indicase la hora de iniciar una nueva etapa de su labor. No habían de dejar la Palabra de Dios para entregarse a tareas meramente administrativas, sino ocuparse en el ministerio de ella y en la oración. Este ministerio abarcaba el estudio minucioso del Antiguo Testamento con el fin de comprender su relación con la Edad del Espíritu, como también la “espera” en la presencia de Dios por la que podían recibir mensajes que correspondieran a la nueva dispensación. La Palabra así recibida había de pasarse a los discípulos, que era el nombre que más frecuentemente se aplicaba a los creyentes en aquella época, para su edificación y la multiplicación del mensaje divino. Muestras del ministerio espiritual de Pedro se hallan en sus discursos y en sus dos Epístolas. Más tarde las revelaciones que recibiera Pablo como apóstol a los gentiles habían de completar la Palabra de Dios para la nueva época. Recuérdese lo ya escrito sobre el ministerio especial de los Doce en las notas sobre (Hch 1:15-26).

La obra de los Siete (en la parte afectada por su nombramiento especial) había de ser administrativa, pero, no obstante, habían de ser “varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría”, y en el caso de Esteban se nota también que era “varón lleno de fe y del Espíritu Santo”. Aprendemos la importante lección de que no basta lo meramente humano en ningún aspecto de la Obra del Señor, y que toda obra material ha de transmutarse en un servicio espiritual, llevándose a efecto por el poder del Santo Espíritu de Dios.

• **El testimonio de Esteban (Hechos 6:8-15)**

8 Esteban, un hombre lleno de la gracia y del poder de Dios, hacía señales y milagros asombrosos entre la gente. 9 Cierta día, unos hombres de la sinagoga de los Esclavos Liberados así la llamaban comenzaron a debatir con él. Eran judíos de Cirene, Alejandría, Cilicia y de la provincia de Asia. 10 Ninguno de ellos podía hacerle frente a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba Esteban. 11 Entonces persuadieron a unos hombres para que dijeran mentiras acerca de Esteban. Ellos declararon: «Nosotros lo oímos blasfemar contra Moisés y hasta contra Dios». 12 Esto provocó a la gente, a los ancianos y a los maestros de la ley religiosa. Así que arrestaron a Esteban y lo llevaron ante el Concilio Supremo. 13 Los testigos mentirosos dijeron: «Este hombre siempre habla contra el santo templo y contra la ley de Moisés. 14 Lo hemos oído decir que ese tal Jesús de Nazaret destruirá el templo y cambiará las costumbres que Moisés nos transmitió». 15 En ese momento, todos los del Concilio Supremo fijaron la mirada en Esteban, porque su cara comenzó a brillar como la de un ángel.

Esteban era judío helenista y, al ser llamado por el Señor para el cumplimiento de su testimonio especial que rebasaba ampliamente los límites de su labor como uno de los administradores de la comunidad, se dirigía a las congregaciones de los helenistas en Jerusalén. “La sinagoga de los libertos” (Hch 6:9) se componía de judíos helenistas, antes sujetos a la esclavitud, pero libres ya para organizar su propia sinagoga en la amada capital de la nación. La mención de los cirineos, alejandrinos y



de judíos oriundos de Cilicia y de Asia, podría indicar que cada comunidad tuviera su propia sinagoga, y que Esteban discutía con todas ellas, pero lo más probable es que la “de los libertos” constituía el hogar religioso de todos los helenistas que se mencionan. Puesto que asistían a sus cultos los hombres de Cilicia, es probable que Saulo de Tarso fuese miembro de la congregación, y que fuese uno de los contrincantes de Esteban en las discusiones que surgieron allí. Quizás el proceso que culminó en la conversión del perseguidor de los cristianos empezara allí, bien que el fanático joven había de resistir tenazmente las primeras punzadas de su conciencia y los primeros rayos de luz que le vinieran por el ministerio de Esteban. A los judíos les agradaba la discusión, y podemos pensar en bastantes ocasiones cuando Esteban se enfrentara con los guías de la sinagoga, desarrollando sus argumentos sobre la base de las profecías mesiánicas cumplidas en la Persona de Jesús de Nazaret con sus consecuencias para la nueva era inaugurada por su Resurrección.

Esteban era ya conocido como hombre “lleno de fe y del Espíritu Santo” (Hch 6:5) y, siendo movido por el Espíritu para una obra de testimonio que convenía al momento de transición que hemos notado, recibió poder para la realización de grandes prodigios y señales entre el pueblo. En relación con este ministerio se dice que se hallaba “lleno de gracia y de poder” (Hch 6:8). El Señor concedió estas “cartas credenciales” a su siervo en el momento en que dio principio a su testimonio en la sinagoga, revistiéndole de singular autoridad al declarar que Jesús era el Mesías y al recalcar la naturaleza del nuevo siglo de gracia. El resultado fue que los enemigos del Evangelio no pudieron resistir la sabiduría y el poder espiritual con que razonaba, pero, cegados por su fanatismo, no se rindieron ante la autoridad y poder del mensaje, sino que buscaron medios para quitar de en medio el testigo. Esteban es sobre todo un testigo, levantado por Dios al final de la primera etapa de la evangelización, llegando a ser, sin duda, medio de bendición para muchos y dejando al pueblo reacio y duro de cerviz sin excusa al rechazarlo a él y al Maestro que predicaba. Un testigo es “martus (marturos)” en el griego, vocablo que después llegó a aplicarse exclusivamente a quienes testificaron por dar su sangre por su Señor, de donde procede nuestra voz “mártir”. Esteban llegó a ser el protomártir de la Iglesia, pero no perdamos de vista el valor de la totalidad de su testimonio, en su persona, su gracia, sus obras, sus miradas (Hch 6:15), sus mensajes, su espíritu perdonador (Hch 7:60) y su muerte violenta. Lo importante es que el siervo de Dios testifique por el poder del Espíritu, sea por su vida, sus obras, sus palabras o su muerte (Fil 1:20).

Conclusion:

Se empieza a ver que el mensaje de Jesús de Nazaret terminará con los privilegios que reclamaban los judíos por el solo hecho de su descendencia carnal de Abraham, y, cansándose aun de milagros, la multitud presta su apoyo a la política persecutoria del Sanedrín, aprendiendo a odiar el Nombre que tan poderosamente había obrado entre ellos.